

En 1839 el zoólogo británico George Waterhouse realizó una expedición por los alrededores de Siria, donde se topó con un diminuto roedor de pelaje liso, sin cola y ojitos saltones, que bautizó *Cricetus auratus*.

Por casi un siglo la única evidencia que se conservó del tierno criceto fue su piel, que exhibía el Museo Británico. En 1930 el profesor Aharoni del zoológico de la Universidad de Jerusalén, tuvo un encuentro con la madriguera de un hámster dorada y sus siete crías, mientras realizaba un trabajo de campo con sus estudiantes en el desierto sirio.

Trasladó la familia completa hasta Jerusalén, donde los más aptos se adaptaron a las nuevas condiciones de cautiverio y en menos de un año los tres sobrevivientes engendraron trescientos hámsters. En esta segunda aparición los roedores fueron bautizados nuevamente como *Mesocricetus auratus*, pero se popularizaron como hámster.

Durante un tiempo se les utilizó como animales de laboratorio, ya que se adaptan muy bien a la vida en cautiverio y ofrecen una curva de procreación alta: una pareja en el transcurso de un año puede tener miles de descendientes. Luego fueron domesticados para animales de compañía.

Con un promedio de 15 centímetros de altura, incluidos los cinco de la cola, el hámster desencadena en niños y adultos un sentimiento de ternura que mueve a la caricia.

Muchos los comparan con pequeños peluches de hábitos muy particulares, ya que son animales nocturnos: duermen de día y se animan cuando comienza a caer la tarde. Su descanso no debe ser perturbado ya que puede reaccionar con malhumor.